CANELOBRE

VERANO / OTOÑO 1996 • REVISTA DEL INSTITUTO DE CULTURA "JUAN GIL-ALBERT" • SEPARATA N.º 33/34

# Carmen Conde

Amelia Valcárcel

# LAS PALABRAS UNA A UNA

Amelia Valcárcel

*Introducción de*
Margarita Borja

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE ALICANTE
1996

Carmen Conde, convertida en Santa Teresa para "Las grandes pasiones", de *EL PAIS*, en 1988 *(Fot. María Moreno)*

Carmen Conde en Navalsaúz, Avila, a finales de los años 50

NO TENÍA INTENCIÓN DE AÑADIR PREÁMBULO ALGUNO AL TEXTO DE AMELIA VALCÁRCEL. Palpita en él esa inconfundible belleza de la armonía interior que la propia Carmen Conde reclamaba como condición para que la poesía lo sea verdaderamente y en caso así, opino que un texto merece respirar por sí solo. A la hora de confeccionar esta separata, José Piqueras me hizo ver que carecíamos de pies de foto. Aquellas pequeñas imágenes de una arcadia amarillenta y castellana «en Navalsaúz con mi abuela», que Rosa Villacastín nos facilitara, nos llevaban a intuir un paso del tiempo, o de los tiempos veraniegos, en amistad compartida por esas dos mujeres. Volví a llamar a quien tan amablemente había respondido a mi petición documental, rogándole que nos facilitara el nombre de su abuela. Ah, ¿pero tú no sabías que mi abuela era Francisca Sánchez, la viuda de Rubén Darío? Si de Carmen Conde lo ignoraba casi todo, de Francisca Sánchez, el todo era completo. Por fortuna en la Biblioteca Gabriel Miró conservan el valioso libro de Carmen Conde «Acompañando a Francisca Sánchez» y he podido consultarlo, para descubrir en él otro ejemplo conmovedor de los esfuerzos que algunas mujeres realizan para hacer justicia o rescatar del olvido la memoria de sus prójimas o antecesoras. Ello ocurre cuando se ha desarrollado, a partir de la propia experiencia, una sensibilidad respecto del cúmulo de dificultades que históricamente tenemos para que los hechos de las mujeres sean debidamente transmitidos, y la sociedad pueda saber lo que a ellas se debe. O cuando se dispone de un bagaje analítico y teórico en estudios de género, cuestión harto deficitaria e infrecuente en nuestro país, que nos permite rehacer el canon desde otra perspectiva más igualitaria y equilibradora.

Remover las inercias de predominio casi hegemónico de lo masculino de los lugares que significan poder e influencia, es cuestión lenta y delicada, entre otras cosas porque «ese» análisis suele ser el que falta de una manera pública. Recientemente, con ocasión del nombramiento de Ana María Matute y Antonio Muñoz Molina en la RAE, a algunas feministas no nos pasó por alto la distinta significación en el referente genérico de esas dos llegadas al sillón de la Academia. Y preciso enseguida que no debe entenderse como demérito hacia la figura de Muñoz Molina cuanto voy a exponer porque tengo en estima su coherencia intelectual y me parece valiosa su contribución literaria. Pero consideremos lo ocurrido con otro sesgo de análisis. Se produjeron dos vacantes, las de Elena Quiroga y Carmen Conde. Sólo uno de esos sillones volvió a ser ocupado por una escritora, Ana María Matute, en un momento, además, en que el auge de la literatura femenina es un acontecimiento contemporáneo con valores de renovación formal y temática, y demanda de mercado. Por una escritora de edad avanzada, añadamos, para concluir que el hecho no refuerza más que una comprobación: las conquistas de espacios de representación pública de las mujeres, no siempre se mantienen, a la que sigue otra: cuando la hora del reconocimiento llega para una escritora, hace demasiado tiempo que pasó el que por oportunidad generacional le correspondía. Sin embargo, cuando el retroceso en la representación femenina se produce en la Academia, simultáneamente se incrementa la representación masculina, no sólo a causa del sillón que las escritoras han perdido, sino porque se ha creado un sillón especial para quien, al aportar juventud y prestigio de intelectual comprometido, refuerza una vez más el referente y el lugar, por derecho propio en el mundo, de la comunidad intelectual masculina. ¿Por qué no se creó también el correlato de un nuevo sillón, con el mismo criterio de renovación por razones de juventud y compromiso con el propio tiempo, destinado a una mujer? ¿Acaso no hay escritoras de esas características? Aplicando el más elemental principio de la lógica simple, concluimos que lo que acaba de suceder alarga de nuevo las distancias, en una época a la que le corresponde justamente lo contrario. El caso no es ni mucho menos único, yo misma he vuelto a ser, como en los primeros años de la Revista CANELOBRE, la única mujer en su consejo de redacción, y ello sucede cuando hay más mujeres implicadas en el mundo cultural que nunca y el número de universitarias que ya están en situación de devolverle a la sociedad los conocimientos que han adquirido es cualitativa y cuantitativamente significativo. Desde esta realidad, resulta consolador poder contribuir a que una pionera como Carmen Conde se consolide como un referente de prestigio para las generaciones venideras de mujeres escritoras y se divulgue, además de su obra literaria, su claro talante de solidaridad genérica: sin lugar a dudas, uno de los compromisos contemporáneos de mayor alcance.

***Margarita Borja***

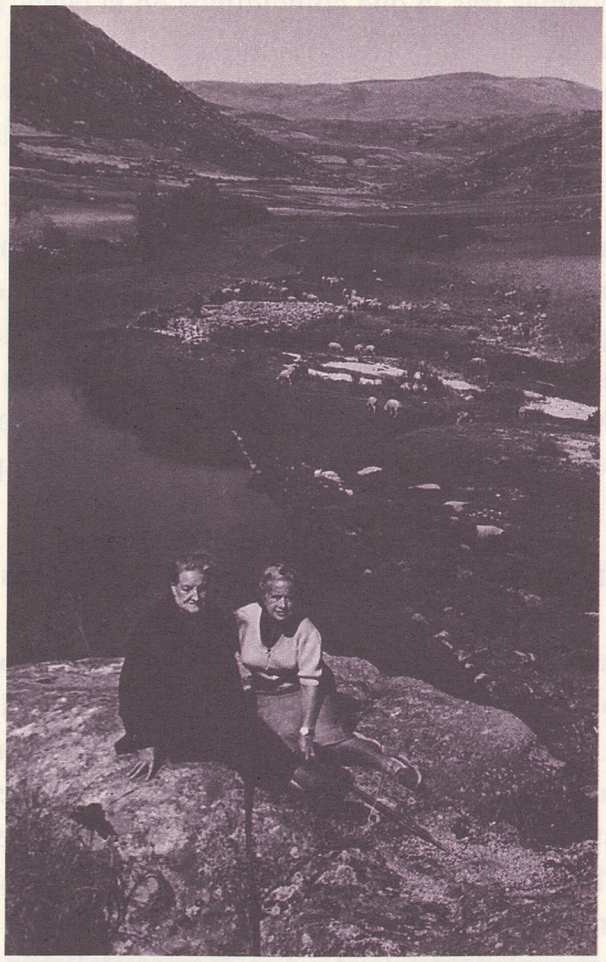
Carmen Conde en 1960.

El ocho de enero, de madrugada, ha muerto Carmen Conde. De ella guardo algunos objetos: un cenicero de Talavera con un pajarillo gualda, retratos dedicados, alguna carta, notas, su pañuelo de cuello favorito... y sus libros.

La conocí en Santander, en la Menéndez, hace tiempo. Yo corría por los treinta y ella me los doblaba con holgura. Tenía una sesión de lectura de sus poemas tras la que coincidimos en la cena. Recuerdo que también estaban presentes, entre otros cinco o seis, Agnes Heller y Victoria Camps. Desde entonces nos vimos bastante. Si ella venía a Oviedo, me llamaba. Si yo iba con tiempo a Madrid, comíamos y tomábamos café en su casa de Ferraz.

Por aquellas dóminas ambas fumábamos puros habanos. Ella tenía una cigarrera de taracea con la catedral de Cracovia en la tapa y la pretensión de que sus puros eran mejores que los míos. Más fuertes sí que lo eran, desde luego. Recuerdo lo de Cracovia porque dio lugar a un incidente con Adam Schaft. A Carmen no le gustaba la Polonia comunista y se lo hizo saber rotundamente al menor pie que el profesor polaco le dió.

Era, en efecto, rotunda. Como lo eran las mujeres de su generación obligadas a tener "carácter", esto es, mal genio, para ir abriendo el espacio que pisaban. Y, por las mismas, hacía de las personas juicios rápidos cuando no sumarísimos: "Ese es un cura", "Aquella un animalico", "Esta va a lo suyo". A veces era concesiva, pero duraba poco. Quizá, ahora que lo pienso, no era así, sino que quería prevenirme y por ello se me mostraba tan tajante. Me veía un poco lila y siempre me llamaba "niña", "hija", "nardo". Excepto si se enfadaba: entonces me llamaba "profesora". Se me enfadó bien un par de veces. La primera porque llegué a una comida con dos horas de retraso y la encontré a los postres. Le dolió hasta el punto de reflejarlo en sus memorias acompañado de un ensayo sobre la desconfianza y la impuntualidad. La segunda por declinar una invitación a pasar con ella y sus amigos la nochevieja y enviar a cambio un centro de flores. Lo cierto es que no fui porque no quería turbarles con la presencia de alguien demasiado joven, pero seguramente me equivoqué. Y eso que conmigo tenía paciencia. Hasta se dejó arrastrar a hacer la compra a Hipercor una tarde de sábado. Cuando no pudo más me dijo "Hija. sácame de aquí que me asfixio". Una vez en



Carmen Conde junto a Francisca Sánchez, abuela de Rosa Villacastín y viuda de Rubén Darío, en Navalsaúz, Avila. Entre este lugar y Gredos, en 1957, Carmen Conde escribió su biografía, que fue publicada en 1964 con el título "Acompañando a Francisca Sánchez. Resumen de una vida junto a Rubén Darío". Fue editada en Nicaragua por la Unión de Cardoza y Cía gracias a la iniciativa y el patrocinio de las Mujeres de la Mesa Redonda Panamericana de Managua. Carmen Conde escribió:

*"A esta mujer se le acercó el rey fastuoso y no sé que palabras le dijo, que ella, severa hija de una sierra escueta, no supo oponer negativa y rindió su corazón como si ya hubiera nacido para devolver a un hijo de ultramar, lo que otros se trajeron de ella y sin duda escondieron entre las piedras de Castilla".*

*"Mucho fue lo que ella hubo de sufrir con aquel hombre quemado en una lumbre de divinidad y en una hoguera de inquietudes"*

*"Francisca Sánchez, analfabeta, aprendió a leer y a escribir con Rubén Darío y Amado Nervo (...) Ella fue la que, muerto ya el poeta, recorrió todas las repúblicas de habla española recopilando la obra dispersa para reunirla en un haz completo"*

casa, repuesta con algo de fruta y el canto de Zipi, mi jilguero de entonces que sabía entonar el principio de "Finlandia", me perdonó, porque mirándonos a mi marido y a mí, dijo, algo sentenciosa: "Vosotros sois buenos".

Me fascinaba como poeta. Tenía la habilidad, o mejor don, de saber deshacer una palabra. Carmen, en efecto, creo yo que no poetizaba sobre ideas, no le gustaban las ideas de hecho, ni sobre sentimientos. Lo suyo era a la vez inmediato y elevado: cada palabra era un fruto, un huevo a abrir precisamente. Y entonces la palabra derramaba su ritmo interior, se engarzaba con otras, desvelaba sus parentescos, fluía. Se la podía poner en la palma de la mano. De ahí que odiara con vehemencia metro y rima. Con exceso. Yo quería ver en ello un prejuicio generacional. El verso libre, el ritmo interior, cosas todas tan de juventud. Y, adrede, le hacía tranquilos elogios del soneto. De vez en cuando, pasándome, le llegaba a elogiar las octavas reales. En esas ocasiones me miraba con furia estupefacta. Un día, en su casa, y eso que no había yo llegado a las octavas reales, se levantó, fue al librero de enfrente y me azotó un libro pequeño al regazo: "Sonetos? Ahí tienes sonetos. Mira a ver si encuentras algo de poesía en todo el libro". Jugaba con ventaja. Se lo había enviado un joven autor que, algo descreído o por hacerse pasar por tal, tenía la rara habilidad de fastidiarlos todos en el último terceto metiendo un guiño de sarcasmo inconveniente o grosero. "Es que estos son malos". "Todos son malos, los de ahora". "Los poetas ahora no tienen que hacer versos, la armonía no tiene que estar en los versos, en la forma, tiene que ser interior". Yde tal convencimiento nunca se desdijo.

Su apego estético por el verso libre, por la prosa poética, corría parejas con su afición al busto de Nefertari. Tenía una reproducción al lado de su mesa. "¿No es la mujer más guapa que has visto?" preguntaba de cuando en cuando. "Tiene fuerza interior". Todo dentro. Siempre ese dentro que ella devanaba. "Es que tú tienes mucho de ese tal dentro", le dije cierto día para picarla. Se abrió como una madeja: "¿Yo? Nada de nada. Si no soy nadie, no sé quien soy. Una vez, cuando era joven, allá por los cuarenta, paseé por Madrid de calle en calle, de farol en farol, horas. Y cuando me vieron vagar tanto y me quisieron recoger no supe decirles quién era ni dónde vivía". Pero de hecho, aquel interior que asomaba a sus ojos, era capaz de mover muebles. De tirarlos al suelo, como

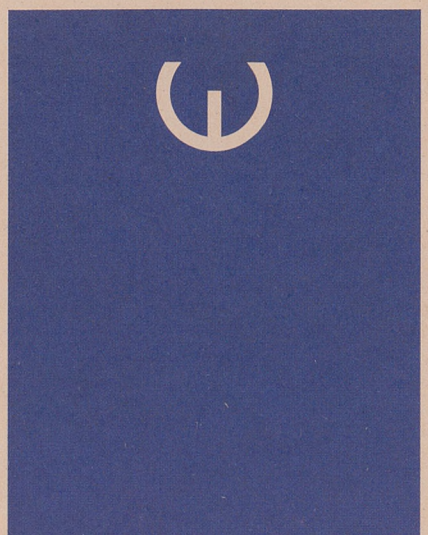
Carmen Conde (Archivo del periódico La Verdad)

hizo recién acabada la guerra en la habitación que un matrimonio amigo le prestara. "Estaba tan angustiada y tenía tanto miedo que tiré una estantería con la vista. Y cuando vinieron por el estruendo sólo supe decir: yo no he sido, lo prometo, yo no la toqué". Conservó siempre esos mismos ojos.

A mi hija le regalaba sus cuentos: "Doña Centenito", otros. "Es bonita tu niña, tiene ojos brillantes". Los suyos brillaban con casi noventa años. He comprobado que todos los ojos se apagan y se enturbian con la edad. No los suyos. Ahora, cuando ha muerto, hacía tiempo que no la veía. Por una parte yo me dediqué a tareas de suyo absorbentes. Por otra ella ya no gustaba de las visitas en la residencia geriátrica. Estaba con amigas y no se sentía sola, pero la senilidad la apartaba de las palabras. Recordaba peor, se incomodaba y encolerizaba. Por ello prefiero recordar algo que me contó, un sueño, antes de caer en los olvidos de la vejez. Estábamos cenando en Oviedo. Primero dió un repaso al presente español y, visto que las voces que nos dábamos invadían el comedor, se aplacó y cambió la conversación. "¿Sabes, niña? Yo creo en la vida eterna. La semana pasada soñé con mi madre. Yo, que despierta no puedo ya acordarme de cómo era, se me va la imagen, la ví con claridad, como te estoy viendo a tí ahora. Mi madre se me acercó y me besó. Y, fíjate, que en los sueños aunque veas y oigas no tienes sensaciones de tacto. Pues te digo que sus labios estaban calientes, sí, como te digo, calientes. Y me dijo, no te preocupes, no sufras, mi niña. Y me besó con los labios calientes. Era mi madre. Y vivía".

Carmen no tenía hijos. Tuvo una niña que murió de días. No sé a quién dar el pésame. Es importante esto: cumplir los ritos alivia la pena. "Carmen, dame otro café y échame, que estás cansada" era la despedida que yo tenía con ella. El veintiuno de marzo le mandaba flores y ella hacía ademán de extrañarse siempre. Me llamaba todos los años y me reñía: "Niña ¿por qué me mandas flores hoy que no es nada? Yo le replicaba que el inicio de la primavera es el cumpleaños de los poetas, pero pensaba también que cuando se llega a otra primavera la vida se asegura en la ancianidad hasta el invierno.

Que alguien herede su espíritu y sepa escoger las palabras, una a una, y ponerlas en una manta de joyero, como ella sabía. Refulgentes y nuevas.

Este texto de Amelia Valcárcel sobre Carmen Conde, escrito a principios de año, se publica como *separata* del número monógrafico de la revista CANELOBRE dedicado a Juan Gil-Albert, con el deseo de "heredar el espíritu" de nuestra escritora y, como ella, "saber escoger las palabras, una a una"

ORGANISMO AUTÓNOMO DE LA
DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE ALICANTE